



HOGARES ANA G. MUNDET
BARCELONA

DON PEDRO MARTÍNEZ MARTÍNEZ

salesiano coadjutor

Zaragoza: 14 de mayo de 1896

Barcelona: 14 de agosto de 1981

Queridos hermanos:

El día 14 de agosto de 1981 pasó a la casa del Padre don Pedro Martínez Martínez, de una manera callada, como lo fue toda su vida, en la víspera de la fiesta de la Virgen, para celebrar, en la plenitud de la resurrección, la Asunción de María.

Estamos seguros de que en aquel momento, como nos indica Don Bosco en la introducción a las primeras Constituciones, el Padre lo miró con rostro lleno de amor y le dijo: «Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor» (Mt, 25, 21).

Don Pedro tenía una salud un poco delicada, dada su avanzada edad, sin embargo, nada hacía prever un desenlace tan rápido.

El mismo día en que acaecía su muerte, se había levantado, hecho su oración de la mañana y desayunado como de costumbre. A las 10 de la mañana empieza a sentirse indispuesto, le atienden en un primer momento los médicos de guardia de la Institución, y al ver la gravedad determinan ingresarlo por urgencias en la Residencia Sanitaria. Los médicos inmediatamente diagnostican un infarto irreversible. Se le administra la Unción de los Enfermos, todavía con conocimiento que mostraba al intentar besar el crucifijo que le presentaba el sacerdote. A las 12 de la mañana moría, callada y silenciosamente, como había vivido.

El funeral y el entierro se celebraron el día 16 de agosto, domingo, en la iglesia de los Hogares Mundet, y fueron una manifestación de duelo y del afecto de todos cuantos le hemos conocido y apreciado. El funeral fue presidido por el P. Inspector, quien momentos después partiría para África, acompañando a un nuevo misionero que iba a incrementar la reciente Comunidad Salesiana, fundada en Costa de Marfil.

Su cadáver descansa en el panteón salesiano del cementerio de Sarriá, como él lo había dejado escrito:

«Cuando Dios me llame a su morada deseo, si es posible, que mis restos mortales sean enterrados en el cementerio de Sarriá. Allí tengo los recuerdos más gratos de mi vida: mi madre que fue enterrada en la fosa común; mi hermana mayor y su esposo; mis hermanos en religión, la mayor parte compañeros de trabajo y guías espirituales durante mi vida, y que siempre los he tenido presentes en mis oraciones por su eterno descanso. Deseo mi unión con ellos en la tierra y en la morada del Padre. (Fiesta de Nuestra Señora del Pilar, 12 de octubre de 1980).»

ITINERARIO DE UNA VIDA EJEMPLAR

Primeros años

Don Pedro nació en Zaragoza el 14 de mayo de 1896. Fueron sus padres, Ricardo y Luisa, ejemplares cristianos y auténticos educadores en la infancia de sus hijos. De un ambiente familiar sencillo y cristiano surge la vocación religiosa y salesiana de don Pedro.

Es él mismo quien nos describe los comienzos de su vocación y los primeros años de su vida religiosa. En sus escritos dice lo siguiente:

«El 2 de mayo de 1908 ingresé en el Colegio Salesiano de Sarriá, como alumno interno y aprendiz en la sección de cerrajería; como el aprendizaje duraba 5 años, lo terminé en 1913.

Como era mi ideal poder llegar algún día a ser coadjutor salesiano y dedicarme a la enseñanza de los jóvenes obreros, hice mi primera prueba como aspirante en Sarriá en 1913.

En 1914 empecé mi noviciado en Carabanchel Alto (Madrid) para mi formación a la vida salesiana.

Al final del mismo, como era de mi agrado y en conformidad con mis superiores, profesé temporalmente por un trienio, tiempo justo para comenzar mi servicio militar en 1918; durante este tiempo fui destinado a la Escuela de Cerrajería de Sarriá. Tuve la suerte en el sorteo militar de que me saliera un número alto, por cuyo motivo sólo hice tres meses de servicio en la misma Barcelona, sin pernoctar en el cuartel, pudiendo así participar en la vida de Comunidad de Sarriá.

Terminado el servicio militar, el 22 de enero de 1919 hice mi profesión perpetua en presencia de don Pedro Ricaldone, que se encontraba de Visitador en España, en la Casa de Sarriá».

Don Pedro bebió toda su salesianidad en las fuentes más directas como don Luis Costamagna, director de Sarriá del 1906 a 1911; don Ernesto Miglietti de 1911 a 1919; don Manuel Hermida, Inspector de la Tarragonense, y otros muchos salesianos que trabajaron o dejaron su huella en la Casa de Sarriá: las visitas de Don Rúa, Don Albera, Don Rinaldi y Don Ricaldone como Rectores Mayores; don José Recasens, jefe y gran maestro ebanista, don Juvenal Villani, gran compositor y director de canto y otros muchos cuyos nombres nos ha dejado don Pedro en sus manuscritos.

Un Maestro y una Escuela

A partir de los años 20, la Escuela de Sarriá experimentó un gran empuje y desarrollo como muy documentadamente expone el P. Ramón

Alberdi en su obra *La Formación Profesional en Barcelona*. En dicha obra (pág. 663) nombra expresamente a don Pedro Martínez como el maestro salesiano de valer que mantuvo y desarrolló la sección de forja y cerrajería artística.

La vida como salesiano y como educador-profesor de don Pedro Martínez está totalmente ligada a la casa de Sarriá. En esta época participó en algunas exposiciones, dejando una muestra patente de su profesionalidad y de su arte.

Don Pedro supo estar siempre al día en sus conocimientos técnicos profesionales, como lo reflejan algunas obras que todavía conservaba de aquellos tiempos, por ejemplo, los cuatro volúmenes de *Cerrajería Artística* en francés, *La Ferronnerie Moderne* de Clouzot y Henriot, volúmenes que conservó con esmero desde entonces y procuró igualmente conservarlos durante la guerra civil y, por expreso deseo suyo, pasarán a la biblioteca de Mecánica de Sarriá.

De esta época existen muchos antiguos alumnos, entre los que sobresale don Ramón Martí i Martí, considerado como uno de los mejores forjadores artísticos actuales a nivel nacional e internacional. En carta del 31 de agosto de 1981, a raíz de la muerte de don Pedro, nos escribía:

«Hace algún tiempo le escribí para que me buscara todos los dibujos de San Juan Bosco que había hecho, en hierro, para poder sacar copias.

... Como comprenderá pasé los mejores años de mi vida al lado del señor Martínez (de enero del 31 a julio del 36); fui alumno de la última promoción de la extinguida Escuela de Cerrajería y el único que ha continuado sus enseñanzas; por este motivo todo lo suyo me interesa, sobre todo lo relacionado con la Escuela. Cuando hayan recogido todo lo que sea de interés para ustedes, la Congregación y los familiares, no tiren nada. Si Dios me da salud, si conservo el humor y otras cosas, pienso en un futuro hacer una especie de museo, para que la gente que pasa a ver los hierros de mi casa, pueda ver también un poco de historia de aquella extinguida Escuela de Cerrajería, donde perfeccioné los golpes al hierro que antes ya me había enseñado mi padre. Cuando me sea posible si ustedes me lo permiten, pienso fotografiar el vía crucis de la capilla y todos los objetos de hierro que hizo el señor Martínez, que fue en su vida un santo y honrado trabajador, y que estoy seguro que desde el cielo me ayudará en las muchas dificultades diarias de mi oficio».

Don Tomás Baraut, que convivió durante algunos años por esta época con él, nos dice:

«Estuvimos juntos en la misma casa de Sarriá desde 1922 a 1927. Tuve con él bastante relación. Estaba siempre dispuesto para resolverse con eficiencia y alegría los problemas que se nos iban presentando.

Las Escuelas Profesionales de Sarriá eran ya famosas en toda España y en varias naciones de América. La imprenta, la carpintería, la cerrajería y la mecánica se llevaban la palma. El señor Martínez seguía siendo el artista admirado del hierro y de la forja en todas las exposiciones que se hacían.

En 1933 fui destinado por don José Calasanz como consejero escolástico de la sección de estudiantes de Sarriá. No eran muchos los contactos personales, pero sí los comunitarios: teníamos funciones distintas. Era ya

el hombre hecho, el religioso ejemplar y el maestro admirado y respetado por todos: por su bondad, su competencia profesional y su ejemplaridad. Se desvivía por todo y por todos con la mayor delicadeza y naturalidad, como quien hace sencillamente lo que debe hacer un buen religioso salesiano en su propia situación.

Fue un autodidacta sorprendente en todos los órdenes de su campo. Había elevado su taller a una altura insospechada, siguiendo tan humilde y entregado como si fuera el menos importante del mismo; como si no hubiera hecho nada en el tiempo que llevaba formando generaciones de alumnos aventajados, que lo admiraban y dignificaban las Escuelas y la Sociedad, no sólo por la cultura profesional, sino también por su cristiana formación».

Don Guillermo Pérez nos transmite el siguiente testimonio también de este tiempo:

«En los años de nuestro noviciado y estudios de filosofía 1923-26, en Sarriá, el señor Martínez, joven salesiano, era el maestro y jefe de taller de cerrajería artística. Mientras admirábamos nosotros aquellas lámparas o balconadas de hierro forjadas y las demás obras de arte realizadas por sus alumnos bajo su serena y cariñosa dirección, nos estimulaba muchísimo más su amabilidad con ellos y con nosotros, que nos metíamos curiosos por su taller, seguros de que aquel hermano, verdaderamente tal según el espíritu de Don Bosco, siempre nos había de recibir y dar algún nuevo signo o ejemplo edificante, como religioso, maestro, salesiano, educador, como la cosa más natural del mundo».

Los difíciles años de la década del 30 al 40

Los salesianos de la Comunidad de Sarriá nos transmiten testimonios y recuerdos de estos tiempos, tanto personales como de antiguos alumnos de esta época:

«La obra del señor Martínez fue siempre ejemplar, nos dicen, sabía lo que hacía y por qué. Siempre de buen humor, jovial, amable con todos. A pesar de su mucho trabajo y de sus preocupaciones, no perdonaba sus partidas de ajedrez y de billar en los días de fiesta y vacaciones.

Muy interesante su aspecto humano: siempre iba bien arreglado, cuidaba el aseo de su persona, en tiempos en que eran tan importantes estos detalles de urbanidad, incluso como ejemplo para los alumnos.

A causa de una dolencia que tuvo en su juventud, era algo duro de oído y resultaba edificante verlo invariablemente al lado del lector en aquellos tiempos en que se hacían siempre en común la meditación y la lectura espiritual.

Fruto de su tesón y de su dedicación al trabajo y al estudio fue un *Manual de Cerrajería* que utilizó primero como apuntes para los alumnos y llegó a imprimirse, incluyéndose más tarde en la *Tecnología Mecánica*, dos tomos, preparada con la colaboración de varios autores salesianos y que todavía sigue editándose».

Igualmente los antiguos alumnos de Sarriá recuerdan: «En la Escuela se dedicaba plenamente a nosotros, vigilaba todos los detalles de nuestras prácticas de taller y nos animaba siempre, saliera bien o mal el trabajo.

Para animarnos al estudio y aprovechar todas las circunstancias para

aprender, nos contaba que él, siendo muy jovencito, allá por el 1908, aprendió mucha forja de un obrero sin estudios que hizo una puerta para el templo del Tibidabo y que trabajaba en una empresa de poca importancia.

Yo lo llamaría el gran trabajador, dice uno de ellos, pues no tenía un momento de descanso. En la Escuela de Cerrajería éramos, por los años 31 al 36, 25 ó 30 alumnos en total, y él daba las clases técnicas a los cinco cursos. Pero era tan ordenado y tan trabajador que tenía tiempo para todo. Recuerdo que en los comienzos del cine sonoro, allá por el año 34, se construyó una máquina de cine rudimentaria en las Escuelas de Sarriá: la parte mecánica la hizo totalmente el señor Martínez y la parte eléctrica el inolvidable señor Revilla. Y desde entonces, también en la postguerra, siempre ayudaba en la cabina del cine, colaborando durante las proyecciones.

En los tiempos difíciles de la República, por el año 1935, me tocó acompañar a don Pedro Martínez, con dos compañeros más, a hacer unas pruebas técnicas en un taller externo donde los obreros tenían fama de anticlericales. Como tuviera que ausentarse por un rato a buscar un material que necesitábamos, nos advirtió: «Para que no os molesten, no digáis que sois de las Escuelas Salesianas: si os preguntan, decid que trabajáis en casa del Peret de Sarriá, aludiendo a su nombre de pila».

Y ahora es el mismo don Pedro quien nos cuenta sus recuerdos y vivencias de la guerra civil:

«Me encontraba en las Escuelas de Sarriá al iniciarse el levantamiento. El *Estat Català* se incauta del Colegio, lo que impidió que fuera saqueado y quemado. Patrullas de la CNT, después de registros y cacheos a todo el personal, nos permiten abandonar el Colegio, sin sacar nada. Yo me refugié en casa de mis hermanos, en la misma zona de Sarriá. Al día siguiente me personé en el Colegio para recoger algunos objetos personales; nuevamente patrullas de la CNT me sorprenden y molestan con el fin de sonsacarme el lugar donde, según ellos, estaban las armas escondidas. Por fin los del *Estat Català*, después de tomarme la filiación, me dejan marchar con el paquete de ropa personal.

Con la ayuda de mi hermano Teodoro y un amigo y mi carnet de chófer, obtengo el carnet del sindicato de la UGT para no estar incontrolado. Al mes del alzamiento, entro a trabajar como mecánico en la empresa *Autobuses Roca* (servicio público de Barcelona) hasta la entrada de los nacionales en 1939.

Al poco tiempo de estar allí me gané la simpatía de los trabajadores por mi trabajo y comportamiento y por la manera de actuar ayudándoles.

Al final, tuve un pequeño percance, del que no me enteré hasta terminada la guerra: un camarada me tenía amenazado de muerte; salió en mi defensa la UGT, diciéndole que si me pasaba algo, él respondería con su vida. No me pasó nada y doy gracias a la Divina Providencia por su protección.

Tuve varios altercados con algún operario por no respetar los derechos del trabajador. En una ocasión decía a los compañeros que Martínez debía ser fraile, porque no era como los demás, ni blasfemaba, ni fumaba, ni iba con mujeres. Le respondieron: los frailes no saben trabajar y Martínez tiene muy buenas manos para el trabajo, de tal forma que nos supera a muchos de nosotros.

Todos me respetaban por mi manera de ser y de ayudar en el trabajo.

Terminada la guerra civil en el 1939, el mismo día de la entrada de los nacionales en Barcelona, nos juntamos en el Colegio un servidor, don Guillermo

Viñas y don Isidro Segarra y dormimos ya allí aquella noche. Con muchos esfuerzos y sacrificios se pusieron en condiciones las distintas dependencias para la admisión de alumnos, tanto en la sección de estudiantes como en la profesional. Sobre todo la mecánica, que se instaló momentáneamente en el pórtico del patio de estudiantes, se llenó de alumnos muy pronto».

Los antiguos alumnos recuerdan esta época como «los años de la postguerra en que se carecía de todo, se ingeniaba para que no faltase lo indispensable en el taller, a fin de que aprovechásemos bien el tiempo, pues necesitábamos recuperar los tres cursos perdidos por causa de la guerra».

Trabajador hasta el final

En 1944 don Pedro fue destinado a las Escuelas Profesionales de Pamplona hasta 1949, como «profesor y maestro en la mecánica, sección de tornos», nos dirá él mismo.

Los hermanos de la Comunidad de Pamplona que convivieron con él, nos dicen: «Era un artista, ordenado, metódico, incansable, de óptimo ejemplo para sus educandos. Nunca se le ocurría convencer gritando o imponiendo. Siempre por lo bajo daba su opinión, aconsejaba, demostraba y convencía.

Era frecuente verle rezar en el patio con el rosario en la mano. Gustaba hablar con sus educandos de taller y tecnología, de cosas referentes al espíritu y a las buenas costumbres. Enjuiciaba los acontecimientos con gran espíritu de fe. Rara vez se le oyó quejarse. En cualquier necesidad, si estaba en sus manos, se podía estar seguro de verse atendido. El procuraba atender a todos.

Para romper la monotonía diaria del trabajo, procuró ingeniarse para introducir mejoras en los varios aparatos utilizados en la limpieza, en el transporte, grifos, cerraduras, etc. Don Pedro fue un salesiano modelo en todos los aspectos».

De 1949 a 1950 fue destinado a Alicante para fundar la Escuela de Mecánica, proyecto que no llegó a realizarse.

El año 1950-51 es destinado nuevamente a las Escuelas de Sarriá como jefe de compras para el servicio de cocina y suministro de la misma. Estos dos últimos años fueron para mí, nos dice él mismo, de descanso y reposición de fuerzas.

Desde 1951 a 1962 lo pasa en Huesca, en la Residencia de Niños de la Diputación Provincial, dedicado a la educación y formación de muchachos acogidos a esta Institución. El mismo dirá de estos años pasados allí:

«Por mi parte estuve bastante tiempo desorientado y desanimado, de la miseria del local y la falta de toda clase de elementos y herramientas. Poco a poco me fui recuperando de la mala impresión, haciendo un esfuerzo titánico para poner el taller-escuela en condiciones, como escuela de mecánica. Me abstengo de comunicar el adelanto efectuado por los alumnos durante mi permanencia y el buen comportamiento en su aprendizaje de la mecánica, de tal forma que los pequeños empresarios me los pedían con insistencia, antes incluso de terminar su aprendizaje, en muy buenas condiciones de trabajo.

Después de once años de apostolado con estos muchachos, fui destinado a Ripoll para fundar la Escuela de Mecánica. Dejé Huesca con mucho sentimiento mío, la obediencia por delante; pero marché muy satisfecho por dejar la mecánica en buenas condiciones como escuela».

Los hermanos que convivieron con don Pedro en la Residencia de Huesca confirman y testimonian su obra y entrega a aquellos muchachos: «Todos conocemos sus grandes dotes artísticas en la forja y en lo que se llamó después cerrajería artística. Preparaba a los muchachos para los concursos, que entonces organizaba el Frente de Juventudes, con una gran ilusión. Fruto de esto fue un subcampeón nacional en esta especialidad, que más tarde se estableció formando sociedad con otro compañero. Ambos eran muy apreciados por don Pedro y hoy viven de este trabajo, y son muy conocidos y apreciados en Huesca y provincia», dice don Marcos García.

Don Guillermo Pérez, que fue el primer Director de aquella pequeña Comunidad de Huesca, dice: «Don Pedro formó parte de un grupo de salesianos que fuimos como Comunidad Salesiana para cuidarnos de los chicos de la Residencia de Niños de la Diputación Provincial. Empezó sus trabajos de maestro de mecánico en aquel tallercito a lo Pinardi con un gran espíritu de fe. Tendría unos 3×8 metros de superficie y por toda maquinaria un torno pequeño y viejo y una taladradora similar. Procuramos proveerle de las herramientas imprescindibles para los chicos y después alargar el local y adquirir algo más de maquinaria nueva y de mayor tamaño.

A los tres años, las piezas de ajuste, torno y las artísticas, que no podían faltar, de aquellos sus alumnos, causaron tan extraordinaria admiración en toda Huesca y en sus autoridades que éstas fueron a Zaragoza para obligar al entonces Ministro de Educación, Ruiz Jiménez, de paso hacia Barcelona, a que se llegara a Huesca para ver aquella realización tan extraordinaria del programa de enseñanza profesional. Ruiz Jiménez, después de visitar detenidamente la exposición de aquellos trabajos de mecánica, carpintería y sastrería, exclamó: «Les felicito. Yo ya lo sabía. No me extraña que aquí no se expliquen lo que están haciendo. Yo ya sé que los salesianos son capaces de hacer estas cosas con los chicos. La Congregación triunfa una vez más. ¡Les felicito!».

Pues quien así triunfaba en el taller, se entretenía en los recreos y en cualquier momento con los más pequeños, que siempre lo rodeaban, como nos imaginamos lo harían los chicos de Turín con Don Bosco.

En 1963, después de haber pasado un año en la Comunidad de Ripoll, donde no puede continuar por razones de salud y quedando resentido por las bajas temperaturas del invierno, viene a formar parte de esta Comunidad de los Hogares Mundet.

En los primeros años todavía ejerce como maestro en la sección de ajustadores de la mecánica con gran satisfacción para él, nos dirá, por tratarse de alumnos necesitados y por tener experiencia en la formación, trato y comportamiento con esta clase de muchachos.

En los últimos años y hasta la semana anterior a su muerte, don Pedro continuó trabajando y dedicando diariamente muchas horas, en el taller de la mecánica, en la forja artística y soldadura autógena, haciendo tra-

bajos útiles y necesarios para la casa; otras veces trabajos y recuerdos para personas conocidas que se los pedían, o para completar la exposición de sus obras que en estos últimos años ha ido confeccionando. Tenía tanta ilusión por sus obras como empeño había tenido en su realización y durante toda su vida por el trabajo.

En su testamento nos ha dejado escrito:

«En mis primeros años de apostolado, siendo profesor y maestro en las Escuelas Salesianas de Sarriá, de la sección de cerrajería y forja artística, me proporcionaron para mis estudios algunas obras y láminas de cerrajería y forja que pude mantener durante nuestra guerra civil y que todavía conservo en mi poder. Por tanto, es mi deseo que dichos ejemplares, compuestos de cuatro carpetas de cerrajería moderna, sean entregados a la biblioteca de la mecánica de Sarriá.

El trabajo artístico del *perro repujado* que me fue entregado como depositario por orden del P. Inspector, para evitar que se malvendiera o desapareciera y que está expuesto en la vitrina exposición, en la mecánica de los Hogares Mundet, será igualmente entregado a la mecánica de Sarriá.

Los trabajos que hay expuestos en dicha vitrina y varios trabajos desparpoados en la Comunidad están ejecutados durante mi estancia en estas Escuelas de Hogares Mundet y quedan a disposición de la Comunidad Salesiana de Mundet, como patrimonio artístico. Pero, si por circunstancias del tiempo, los salesianos tuvieran que abandonar los Hogares Mundet, pasarían a la Comunidad Inspectorial, disponiendo de ellas como mejor le plazca al Consejo Inspectorial».

Don Pedro, a sus 85 años y a pesar de su delicada salud, hasta los últimos días antes de su muerte realizaba con cariño los trabajos que se le encomendaban para adorno o servicio de la casa.

TESTIMONIOS SALESIANOS SOBRE SU PERSONA

En las comunidades en que don Pedro estuvo y en todos los salesianos con los que convivió ha dejado una profunda impresión por su gran personalidad humana, religiosa y salesiana. Todos cuantos nos han escrito a raíz de su muerte coinciden en resaltar en don Pedro al hombre bueno, al hombre servicial, al hombre trabajador y al hombre religioso, fiel y cumplidor. Transcribimos aquí algunos de estos testimonios, principalmente de los hermanos de la Comunidad de Mundet, con quienes convivió en sus últimos años.

Don Pedro, el hombre bueno y trabajador

Don Antonio Manero define a don Pedro como «perfecto religioso y caballero a la vez. Se distinguía por su trato con los demás, siempre delicado. Tenía un carácter equilibrado, siempre igual a sí mismo, y a pesar de su vejez y de su sordera, no se había hecho un mundo raro, apartado y extraño.

Podría recordar muchas anécdotas. Una sola: una mañana en la biblio-

teca le preguntaba por la artrosis, que hacía una temporada le agarrotaba las manos y le entorpecía su trabajo. Se conmovió hasta las lágrimas y mientras mostraba las manos hinchadas, manos con las cuales no podía ya trabajar, manos de las que se había servido su genio de artista, forjador del hierro y de verdaderas obras de arte. Esas manos ahora no le obedecían».

Don Juan José Torán nos dice de él que era el «hombre de conciencia clara; abierto a todo lo que fuera progreso en la ciencia, en el arte, en la vida religiosa, en la liturgia, en la vida común. Constante en sus quehaceres, en sus obligaciones».

Era sereno ante los acontecimientos, si bien era muy sensible ante ciertos hechos y sufría en el corazón causándole auténtico dolor, como la muerte de seres queridos y hermanos religiosos o la decisión de dejar los salesianos la Casa de los Hogares Mundet.

Era delicado no sólo en su arte, la forja, en la que se maneja el hierro dándole forma y belleza, sino en toda su persona, en su vestir, cuidar de las plantas, ordenar la habitación, tratar a las personas más jóvenes que él, incluso a los más pequeños con su sonrisa y su cariño en palabras y gestos.

Se mostraba como el hombre contento y satisfecho de su vida religiosa y salesiana, aceptando cualquier incomodidad de las que produce la vida en común, tanto del horario como de la comida, sin pedir nada especial y disculpándose si algo se le traía, incluso si tenía que tomar alguna medicina».

«Una cosa que me ha llamado la atención mucho en sus últimos años, afirma de él don Marcos García, ha sido la forma de sobrellevar sus achaques y el paso de sus años. Siempre tenía a gala no molestar a nadie, de tal modo que casi pasaba inadvertido. Estaba perfectamente organizado, hacía su vida metódica, siempre de buen talante, resignado aunque consciente del paso de los años y de sus achaques. Cualquier acto de afecto, cualquier atención que se tuviera con él, lo agradecía mucho y se emocionaba como si fuera un niño. Siempre he visto en él la misma persona: el hombre trabajador, responsable, sacrificado, escrupulosamente ordenado y metódico».

Don Guillermo Pérez afirma de él que «era un hombre normal, tan normal como si se hubiera propuesto pasar totalmente inadvertido. Era sereno y equilibrado en sus juicios o reacciones ante las diversas situaciones que le tocó vivir, y las tuvo muy contradictorias. Pensaba bien de todos y a todos respetaba, trabajador con perseverancia y constante en sus planes e ideales, como buen aragonés».

«Era un hombre que en sus últimos años, en los que le conocí, afirma don Javier Martínez Zazo, irradiaba serenidad. Estaba atento a lo que pasaba y abierto a todo, con su edad y su sordera. A pesar de sus años y de sus achaques, si podía hacer algo por los demás lo hacía sin dudar. Procuraba no molestar a los otros. Incluso el último día de su vida, me decía en el desayuno que no había pasado bien la noche, pero se había hecho la cama (esto sólo tres horas antes de morir). Se le veía siempre atento, delicado con todos. Cariñoso con los niños que venían a la Comunidad, como un abuelito».

Don Pedro, un salesiano fiel y cumplidor

De los salesianos que hemos convivido con él en estos últimos años y hemos compartido su experiencia salesiana y de fe, transcribimos las siguientes manifestaciones:

«Un salesiano extraordinario por su profunda fe, por su sencilla piedad y por su gran amor a la Congregación».

«Fiel cumplidor en todas las actividades de la Comunidad, sobre todo en las prácticas de piedad».

«Fue un hombre convencido de su vocación salesiana. Amaba entrañablemente a Don Bosco y a María Auxiliadora. Siempre a disposición de los muchachos, orgulloso si se le encargaba algo relacionado directamente con ellos. Siempre he visto en él a la misma persona: al religioso cumplidor, piadoso, obediente y sumiso a sus superiores de los que siempre hablaba bien y con gran veneración».

«Don Pedro era un hombre profundamente piadoso, con una piedad sacramental, eucarística y mariana; con apariencia y sencillez de niño y profundidad y madurez del hombre más convencido y seguro, apoyado en los modelos salesianos: Don Bosco y quienes lo siguieron como superiores y modelos para toda la Congregación. Entusiasmado en su vocación como hijo de Don Bosco, complaciente y generoso en el trato y colaboración con todos y cada uno de los hermanos de las comunidades con los que vivió, reverente con los superiores y alegre en la obediencia más fiel a cualquiera de sus disposiciones o indicaciones. No sé que nunca haya creado un problema para nadie. Era puntual y eficaz en sus clases y en la asistencia entre los jóvenes, como el mejor de los padres o educadores, trasluciendo en su persona el espíritu de fe y de intención sobrenatural que lo movía, sin duda, en todos aquellos trabajos y ministerios educativos».

Finalmente don Tomás Baraut, que convivió largos años con don Pedro como compañero primero, como superior después y desde 1967 en la casa de los Hogares Mundet como animadores mutuos y estímulos para la Comunidad por su profunda religiosidad y salesianidad, nos dice de él:

«El gran secreto de toda su personalidad residía en su recia espiritualidad. Tuve ocasión de conocerla a fondo porque fue siempre muy explícito conmigo. Me refiero a su manera de ser y de obrar, ya que en lo referente a los demás usaba siempre aquel aforismo bien conocido de todos, aunque no siempre bien practicado, que dice: de los demás, hablar bien o callar.

Su espiritualidad fue fuerte como el hierro y a la vez blanda como la cera. Se calentaba cada día con el fuego del Amor y se moldeaba con el martillo de la mortificación: con sencillez, con alegría, con la heroica convivencia de que no hacía más que cumplir con lo que libremente había prometido a Dios y a los hermanos, cumplir con su deber, sin precipitaciones ni pausas indebidas, con precisión de artista consagrado a Dios y a los hermanos pequeños y grandes.

La fuente de su fortaleza era la piedad, la oración, los sacramentos, el amor de Dios y los hermanos: cada día comenzaba de nuevo con sencillez y paciencia. Nunca le he visto apurado, nervioso, intranquilo; su confianza en Dios, en María Auxiliadora, en Don Bosco, en la Congregación era absoluta, serena, tranquila.

El señor Martínez fue uno de esos buenos hermanos que el Señor pone a nuestro lado, como reflejo de su infinita bondad y misericordia, para iluminarnos en los momentos difíciles de nuestra vida».

Muchas más cosas podríamos seguir escribiendo de don Pedro. Terminamos sintetizando su figura con las palabras del P. Inspector en el funeral:

«De las muchas virtudes que caracterizaban a don Pedro, podemos destacar las siguientes:

 Su espíritu de oración: en mis contactos con él, fundamentalmente en mi última visita a la Comunidad, me decía: rezó mucho y rezó por todos.

 Su entrega al trabajo, que fue una constante de su vida hasta sus últimos días.

 Su bondad. Era un hombre conocido por su amabilidad y disponibilidad hacia todos».

Fue un hombre realmente admirable. Su nombre y su recuerdo permanecerán vivos y para siempre por su estilo de vida, por su sencillez, por su bondad, por su salesianidad y porque su vida está enraizada en toda la historia de las Escuelas Profesionales, fundamentalmente de la Inspectoría de Barcelona.

Al fallecer el 14 de agosto pasado, dejó un gran vacío entre nosotros. Ha sido uno de los grandes eslabones del primer centenario de la Congregación en España. Ahora nos toca a nosotros seguir tras sus huellas y llenar el segundo centenario con el mismo espíritu y la misma alegría.

LA COMUNIDAD SALESIANA
DE HOGARES MUNDET

